

El multilateralismo latinoamericano a la deriva

Francisco Rojas Aravena²⁷

Abstract: *En el presente artículo se analiza el contexto de América Latina en un periodo de fragmentación e incertidumbre. América Latina es una región heterogénea, desde el punto de vista de las capacidades de sus Estados, en su inserción económica y financiera internacionales, así como en su ámbito político. También en sus recursos naturales y humanos. En la región se expresan nuevos poderes y diversos micropoderes, que tienden a la fragmentación institucional y a una hiper dispersión de la capacidad de poder de los distintos actores sociales y en particular del Estado. En este marco heterogéneo de la región, lo que se destaca es un liderazgo regional disminuido, con una ausencia fundamental, la expresión una sola voz de América Latina y el Caribe. Propone reconstruir las capacidades de concertación por medio del multilateralismo cooperativo y eficaz.*

Palabras claves: América Latina, sistema internacional, fragmentación, integración, des-democratización, crisis venezolana, concertación política.

América Latina es una región heterogénea. Ello se constata desde el punto de vista de las capacidades de sus diversos Estados. Hay países en la región con grandes extensiones territoriales y de recursos en ellos contenidos y, a la vez, otros micro Estados. Latinoamérica es heterogénea en términos de sus recursos humanos y de sus capacidades industriales. Si bien la mayoría de los países son países de renta media-alta, las capacidades económicas, los desarrollos productivos y las capacidades tecnológicas son muy diferentes. En el ámbito político, América Latina muestra diferencias muy significativas, aún en el marco de cierta “homogeneidad” de carácter político-ideológico, que se expresa en cada uno de los distintos ciclos, por los que ha atravesado la región a lo largo de su historia desde la independencia. Pero, ninguno de estos ciclos tiene la consistencia, la fuerza y la proyección necesaria para marcar, de manera indeleble, los derroteros de cada uno de los países y, por ende, de la región. De igual forma, en Latinoamérica se expresan nuevos poderes, y diversos micropoderes, que tienden a la fragmentación institucional y a una hiper dispersión de la capacidad de poder de los distintos actores sociales y en particular del Estado. Así

²⁷ Rector Universidad para la Paz, establecida por Naciones Unidas. Fue Secretario General de FLACSO entre 2004 – 2012.

también, las diferencias de los sistemas políticos se expresan con fuerza en la relación entre el Poder Ejecutivo y el Parlamento. Por lo general, los nuevos gobiernos que han surgido del último gran ciclo electoral, evidencian una fuerte ausencia de respaldo parlamentario. El fraccionamiento en los Congresos es muy alto y allí se manifiestan, con igual fuerza, las presiones de los micro y grandes poderes. Cabe destacar que, entre estos, con mayor o menor fuerza, con mayor o menor visibilidad, se expresan también grupos ilícitos, particularmente vinculados al crimen organizado. Lo anterior genera el creciente descrédito de las distintas instituciones y se evidencia en todas las encuestas de opinión pública.

La democracia muestra un decrecimiento sustantivo en el respaldo por parte de los ciudadanos y, a su vez, cuando se miran las instituciones, todas pierden confianza y respaldo de la población. De acuerdo con los resultados del estudio de opinión pública de Latinobarómetro 2018, el respaldo y el apoyo a la democracia cayó, desde el año 2010 al 2018 de un 61% a un 48%. El apoyo a las más diversas instituciones también cae para situarse, en el año 2018, en los siguientes parámetros: las iglesias, un 63%; las fuerzas armadas, en un 44%; las policías, en un 35%; el poder judicial en un 24%. En general, el apoyo a los gobiernos llega solo a un tercio de los consultados, un 32%. Esto evidencia una baja calidad de la política y denota una ausencia fundamental de *políticas de estado*.

La ausencia de políticas de estado genera distintos tipos de vulnerabilidades, pero en especial, abre mayores espacios para presiones indebidas, de micropoderes, grupos de presión – institucionalizados o no – y principalmente un incremento de la corrupción. El conjunto incide en los sectores más vulnerables de distintos sectores de la ciudadanía. Esto se expresa hoy, particularmente, en el gran malestar de los sectores medios, que perciben que la falta de crecimiento económico incrementa las posibilidades de un retroceso a la pobreza de los sectores que lograron salir de ella.

En este marco heterogéneo de la región, en definitiva, lo que se destaca para el conjunto de Latinoamérica es un liderazgo regional disminuido, con una ausencia fundamental: la expresión de una sola voz de América Latina y el Caribe. O de igual manera de una sola voz, de una voz compartida de cada uno de los entes subregionales: Suramérica, Centroamérica y el Caribe. Quizás la única excepción que incluso ha perdido fuerza es el defender a la región latinoamericana y caribeña como una zona de paz. La crisis venezolana también está poniendo en cuestión, en algunas opciones de política, este principio esencial de la política de paz de la región latinoamericana.

Estamos en un momento de des-democratización. De retroceso democrático, en el cual la desafección política marca el actual ciclo pos-electoral. La renovación de mandatos presidenciales, los referéndums, e incluso las elecciones parlamentarias y municipales, generan grandes expectativas de cambio. Las expectativas sobre el progreso y la posibilidad de superar muchos de los problemas de la región, se manifiestan con fuerza. Sin embargo, los cada vez más reducidos espacios de acción internacional, la incapacidad de los gobiernos, en el contexto de la interdependencia y la globalización, inhiben las posibilidades de cumplir con las grandes promesas electorales. La consecuencia directa ha sido la creciente frustración de la inmensa mayoría de los y las ciudadanas. Esta se expresa en una caída sustancial de la confianza en la institucionalidad democrática, en sus gobiernos e instituciones. En un menor respaldo a la democracia, en un descontento y frustración con ella. La insatisfacción con la democracia ha subido desde el 52%, en 2010, al 71% en 2018.

A la vez, la frustración tiende a manifestarse crecientemente en crisis institucionales de gobernabilidad, que ponen en cuestión el débil Estado de Derecho, en diferentes países, lo que se expresa en diversas crisis. Constatamos que los distintos gobiernos caracterizados por el presidencialismo no concitan el respaldo parlamentario necesario para aprobar las leyes y generar un marco de gobernabilidad democrática sustentable. Por el contrario, emergen crisis institucionales cada vez más profundas. Esto tiene un impacto directo sobre el cuestionamiento que efectúa la sociedad sobre “para quién se gobierna”, donde un 79% considera, en el año 2018, que se gobierna para unos pocos y no en beneficio de la inmensa mayoría de la población. Se gobierna para grupos poderosos, algunos de los micropoderes con mayor incidencia sobre los gobernantes se expresan desde esos sectores. Esta percepción se liga y se visualiza de manera significativa, y se relaciona, a su vez, con la corrupción y la impunidad, así como con la creciente violencia que afecta el conjunto de la región, como la región más violenta del mundo.

Este proceso de des-democratización, y la creciente insatisfacción con la democracia, tiende a cuestionar, de manera directa, la representación de los gobernantes y de los parlamentarios y alcaldes y regidores. Se cuestiona no solo las calidades del gobierno, incluido el Presidente, sino particularmente de los parlamentarios y los representantes de los gobiernos locales y municipales. Las redes sociales no han aportado a generar flujos de información que contribuyan a la transparencia, sino que muchos flujos de información tienden a erosionar la democracia a través de noticias falsas, de propensiones particularistas. El impacto de la televisión en estos procesos es muy grande.

Lamentablemente, en muchos casos tampoco ha contribuido al fomento de la democracia. La difusión de la política como espectáculo deslegitima la institucionalidad. Los debates sobre las decisiones esenciales no logran tener un espacio ni encuentran un lugar para definir políticas de estado y muchas veces ni siquiera políticas de gobierno coherentes.

La democracia se fundamenta en elecciones libres y transparentes como un elemento esencial. Son ellas las que otorgan la *legitimidad de origen*. Pero esto no es suficiente. La democracia demanda *legitimidad en el ejercicio* y es en este ámbito donde en Latinoamérica se han presentado los vacíos más importantes. En las actuales circunstancias, la propia legitimidad de origen puede ser cuestionada en algunos casos por acciones de cohecho, y principalmente debido a la manipulación dirigida desde las redes sociales y que impactan los resultados electorales. La *legitimidad en el ejercicio* se ve no solo cuestionada, sino trastocada por decisiones que conllevan al cambio en las reglas del juego, que posibilitan la emergencia de gobiernos autoritarios. Estos eliminan el balance de poderes, esencial en la democracia, y también si no pueden manipular los medios de comunicación tradicionales, en particular la televisión, presionan y limitan a estos hasta su subordinación o bien su silencio.

Un contexto internacional complejo

La reconfiguración del sistema internacional desde la post Guerra Fría ha sido compleja, llena de cambios de tendencias. La incertidumbre es lo que prima en el momento actual. El nuevo balance global no ha sido alcanzado y las tensiones se expresan en diversas áreas, entre los principales actores, pero con un involucramiento militar bajo. Esto no significa que las amenazas del uso de la fuerza no estén presentes desde lo nuclear a lo convencional, incluidas guerras híbridas. Las disputas comerciales y tecnológicas asumen un papel preponderante. El conjunto de los contenciosos genera diversos grados de incertidumbres en las diferentes regiones del mundo. En este contexto global el multilateralismo se ha visto limitado, con un menor peso en los grandes temas de la agenda internacional. Ello también impacta en las organizaciones multilaterales regionales. El peso del multilateralismo regional latinoamericano y caribeño se ha desperfilado, perdido consistencia y peso e incidencia en lo global y lo regional.

El sistema global no termina de decantarse. Las reglas de funcionamiento son puestas en cuestión. Las relaciones de poder están en una profunda mutación. Los grados de confianza entre los actores globales se han reducido. Acuerdos fundamentales sobre el cambio climático, sobre armas atómicas, sobre migraciones son denunciados. Los

recursos invertidos en “guerras económicas y comerciales” impactan el desarrollo global. Consecuentemente, diversos analistas señalan que estamos ante una nueva crisis económica y financiera global. Los procesos para la construcción de confianza son prácticamente inexistentes. Aún dentro del mundo occidental la confianza en sus principales actores ha disminuido en forma drástica.

Las miradas y proyecciones globales de los principales actores no encuentran arenas de convergencia. Por el contrario, aparecen nuevas formas de tensión y nuevas conflictividades. Las percepciones de amenazas mutuas se incrementan. Sin embargo, los actores están cada vez más conniventes que el uso del poder militar no da resultados, ha perdido efectividad. Las guerras de Afganistán, de Siria e Irak, así lo evidencian. Los costos han sido muy altos y los resultados esperados han sido magros para todos y cada uno de los actores globales involucrados. En la moderna conflictividad, las guerras híbridas – fuerzas convencionales más insurgencia, junto a la guerra electrónica, –que desdibuja las áreas de combate – genera graves daños a la población civil e impacta gravemente los derechos humanos de dicha población. Otra consecuencia de los conflictos de larga duración es que abren mayores oportunidades a la delincuencia transnacional, a las múltiples expresiones del crimen organizado.

Las amenazas globales de carácter transnacional y planetario se han incrementado y con ellas los riesgos para la humanidad en su conjunto. La principal es el cambio climático. Las medidas para confrontarlas no tienen consenso global. Las amenazas tradicionales siguen presentes y en muchos casos se han agravado como en el caso de las referidas a las armas nucleares, o el uso de la fuerza para reconquistar espacios geográficos definidos como estratégicos. El crimen organizado se ha expandido como resultado de los procesos de interdependencia. En este contexto, se constata que ningún superpoder posee los recursos y capacidades para por sí solo enfrentar con éxito estas graves amenazas. Solo sobre la base de la cooperación, estructurada en los marcos de los sistemas multilaterales, se podrán generar las bases para superar dichas amenazas y establecer los procesos resiliencia y mitigación de los daños ya producidos. Lo mismo podemos señalar con relación a las capacidades para enfrentar el terrorismo.

La interdependencia y la globalización establecen nuevos procesos políticos que alteraron las formas tradicionales de relacionamiento entre Estado – Mercado y Sociedad. Las crisis se han sucedido por los desbalances en estas relaciones. Hasta la fecha no se han producido respuestas capaces de restablecer una relación que reafirme los bienes públicos que protegen a la población y generan estabilidad y paz, bases esenciales para

la convivencia democrática. En ausencia de paz, en contextos de guerra y polarización, de crisis e inestabilidad, de falta de desarrollo es imposible ejercer ningún derecho. Sin paz y sin desarrollo no hay respeto de los derechos humanos. Sin paz y sin desarrollo no hay crecimiento, no hay prosperidad, solo se crea mayor pobreza y las inequidades aumentan. Con ello las tensiones y los conflictos se ven agravados y la violencia es lo que prima. En la actualidad se constatan menos guerras interestatales y un incremento de la violencia intra-estatal, las violencias al interior de los países.

La tarea esencial de los espacios multilaterales es el fomento de la estabilidad y la paz. Si se falla en esto o se es ineficiente en la búsqueda de esta meta, todas las otras tareas pierden peso. Por el contrario, en contextos de relaciones pacíficas, sin amenazas del uso de la fuerza, priman las relaciones de colaboración. Es posible establecer agendas positivas para buscar formas de superar los nuevos desafíos generados por temas globales como la inteligencia artificial, la robótica, y nuevos impactos en los más diversos ámbitos establecidos por el internet de las cosas. Todos procesos que están cambiando las oportunidades y las capacidades de los actores sociales.

En el contexto de esta América Latina heterogénea y cuya democracia se encuentra erosionada y con un alto descrédito de ella, impacta el conflicto global de los grandes poderes que se manifiestan en la región, en especial las diferencias geopolíticas y del conflicto comercial global, particularmente de Estados Unidos con Rusia en el primer caso y de Estados Unidos con China en el segundo. Estos conflictos globales inciden en las capacidades de la región latinoamericana, la cual, al no tener una voz común y compartida en el sistema internacional, su espacio se reduce y su capacidad de incidencia decrece. Las principales amenazas de carácter global sobre América Latina no son de carácter militar. Corresponden a las nuevas amenazas, producto del cambio climático, las crisis financieras, el impacto de la Inteligencia Artificial y la robótica y otros. El peligro no es una intervención militar extra continental a la región. El principal peligro está dado por el cambio climático sobre la población y los recursos naturales de la región. Sin embargo, es necesario destacar el peso que tiene la violencia en Latinoamérica. Ocupamos en los índices globales el primer lugar como la región más violenta del planeta. La violencia en Latinoamérica tiene un carácter endógeno.

Hoy en día, a pesar de que América Latina es una región de paz interestatal, es la región más violenta del mundo, con las mayores tasas de homicidios dolosos del planeta. Son más 22 homicidios dolosos por cada 100.000/habitantes, cuatro veces el promedio mundial. El desempleo juvenil, la discriminación social, la falta de equidad,

el acceso a las drogas y a las armas livianas, las pandillas, y la creciente influencia del crimen organizado incrementan los homicidios, la violencia y la inseguridad en la región. Las 10 ciudades más violentas del mundo están en la región, así como de las 50 con más altas tasas de homicidios 43 corresponden a la región. En este ámbito también Latinoamérica posee una alta heterogeneidad, al menos otros 10 países tienen tasas menores a 10 homicidios por cada 100.000 habitantes.

La permanente búsqueda de la integración y el impacto de la crisis venezolana

Los esfuerzos por la integración política, económica, cultural, científica, e incluso la coordinación militar, han sido recurrentes en América Latina y el Caribe. Los distintos esfuerzos se han celebrado y conmemorado siempre como un nuevo inicio. Sin embargo, cada uno de ellos ha conllevado las consecuentes frustraciones. Es así como desde el Congreso Anfitrónico de Panamá, a inicios del siglo diecinueve hasta la fecha, se han acumulado distintos proyectos de los cuales pocos han logrado superar el medio siglo.

La principal explicación para ello es la falta de voluntad política, las presiones e intereses soberanistas, los intereses externos por mantener la fragmentación y, en el último periodo, la gran politización de las agendas y la polarización política consecuente. A ello se suma un elemento fundamental, que es la rigidez de las reglas, en la cual la norma de la unanimidad imposibilita alcanzar acuerdos para avanzar, porque basta con la oposición de cualquier Estado para bloquear los procesos. Como consecuencia de lo anterior, en otros trabajos hemos destacado que los procesos de concertación política y búsqueda de integración en la región latinoamericana muestran un exceso de iniciativas. Estas, a la postre, impiden que una de ellas tome el peso, significancia y gravitación para transformarse en el eje articulador de estos procesos. Más bien, en muchos casos, se han construido iniciativas que son copias de complejos de modelos externos o instrumentos que tienen objetivos demasiado ambiciosos para los recursos políticos, intelectuales y financieros puestos en dicha alternativa. En otros casos, por razones contrarias, imperó la “megalomanía” en la construcción fastuosa de infraestructura física capaz de albergar cientos y eventualmente un millar de funcionarios, en un contexto de una institucionalidad precaria y en muchos casos carentes de recursos. Las realidades institucionales de la integración son extremadamente limitadas y reducidas para el ejercicio de las labores y diseños aprobados, así como los presupuestos para ejecutarlos.

La crisis política, económica, social venezolana polarizó y tensionó las relaciones regionales, y continúa haciéndolo. En la actualidad, esto va más allá y tensiona las relaciones hemisféricas, y también las geopolíticas globales. Venezuela es uno de los temas del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y es un tema gravitante en lo hemisférico en la OEA. La polarización política doméstica en Venezuela, aunada a la ilegitimidad democrática en el ejercicio y a la cual se agregó la ilegitimidad en el origen democrático de la última elección, generaron una situación que detuvo los procesos de concertación política latinoamericana y caribeña. Más aún, conllevaron en la práctica, a la desaparición o cuasi desaparición de dos entidades regionales de gran significación global, que desde la región buscaron incidir en el sistema global: la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que aún se mantiene con un nivel de actividad mínimo, y la paralización y la denuncia, por parte de seis países, del Acuerdo Regional de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), lo que significa su desaparición.

La tensión política venezolana y los debates hemisféricos en la Organización de Estados Americanos (OEA) conllevaron una fragmentación profunda y a la incapacidad de tomar decisiones en ese organismo. Producto de las condenas a la República Bolivariana de Venezuela en la OEA, este Estado decidió retirarse de dicha organización y, simultáneamente, trasladó el debate de su situación doméstica al marco regional de la CELAC, cuando El Salvador ejercía la Presidencia pro-tempore. El resultado fue la paralización del organismo. Se postergaron reuniones con la Unión Europea, se debilitó la presencia regional y afectó el diálogo tanto con la Unión Europea como con China y, en definitiva, quedó desde ese momento en una situación de status quo. En el caso de UNASUR, la imposibilidad por más de dos años de nombrar un Secretario Ejecutivo, luego del término de los períodos de Ernesto Samper, fue producto del veto constante de Venezuela sobre distintos nombres que se propusieron para dirigir el organismo. La muerte de UNASUR quedó sellada por el veto venezolano, más que por el “exceso de ideologización” como se ha señalado en forma reciente, para la creación de una nueva identidad, el *Foro para el Progreso de América del Sur*, o Prosur.

Los organismos e instancias internacionales de la región, si bien han reconocido la crisis política y humanitaria de Venezuela, no han contado con la voluntad política ni la capacidad para generar ideas, alternativas y opciones de solución que afiancen la democracia, des escalen la crisis y eviten el uso de la fuerza. En definitiva, no han sido eficaces como espacios de concertación para destrabar la profunda crisis que ya

se arrastra en forma abierta por al menos tres años. Más aún, dada la imposibilidad de un diálogo constructivo regional en los organismos de concertación e interlocución, se recurrió a otras instancias de mediación. Allí se incluyó el Vaticano. No obstante, producto de la polarización y del bloqueo generado por el veto venezolano, estos procesos también fracasaron. Crecientemente los debates y posibles salidas de la situación venezolana han sido transferidas a las grandes potencias, a la geopolítica global –no solo en los debates en el Consejo de Seguridad de la ONU– sino en las conversaciones directas sobre la materia entre Estados Unidos y Rusia.

La búsqueda de alternativas de solución pacífica y democráticas han llevado a la creación de otras instancias, en este período de crisis profunda en el 2017, 2018 y 2019, también con un foco en la búsqueda de alternativas a la crisis política y humanitaria de Venezuela. Entre estos están: el Grupo de Lima, el Grupo de Montevideo, y el Grupo de Contacto, en el cual Europa juega un rol importante. Por su lado, Estados Unidos insiste en que “están todas las opciones sobre la mesa”, en referencia al uso de la fuerza. Nuevamente, el exceso de iniciativas inhibe el que pueda aparecer un marco adecuado de solución y, por el contrario, la polarización y la politización respecto a Venezuela se ha transformado en un intenso debate al interior de cada uno de los países de la región. En estos, muchas veces se mira más las encuestas que la posibilidad de soluciones efectivas de largo plazo, sobre la base de políticas de Estado y miradas regionales compartidas e inclusivas. La migración masiva y creciente de venezolanos contribuye, de manera decisiva, a la polarización de este debate, al igual que el incremento del autoritarismo en ese país. En este contexto el rol de los militares se torna esencial en los equilibrios de poder y se les está dando cada vez mas capacidad de arbitrio, de cesarismo. La transferencia hacia la geopolítica global lo reafirma.

La creación de Prosur, que algunos analistas como el ex Canciller argentino Jorge Taiana califican como “pro-Norte”, refleja el cambio del ciclo político suramericano. En la actualidad, las tendencias que priman en la región suramericana son conservadurismo en lo político y neoliberalismo en lo económico y de retroceso en la diversidad y tolerancia social. La acusación de ideologización de UNASUR también le ha sido aplicada a Prosur, así como de discriminación de la participación de los distintos Estados. Al menos dos Estados de significación se han restado de suscribir la declaración de Prosur. Esta fue suscrita el día 22 de marzo de 2019 por los presidentes de Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Ecuador, Paraguay, Perú y por el Embajador de Guyana.

La declaración, suscrita en Santiago de Chile, destaca el interés:

- (1) “La voluntad de construir y consolidar un espacio regional de coordinación y cooperación, sin exclusiones, para avanzar hacia una integración más efectiva, que permita contribuir al crecimiento, progreso y desarrollo de los países de América del Sur”.
- (2) “Nuestro reconocimiento a la propuesta de crear un espacio de diálogo y colaboración suramericana, el foro para el Progreso de América del Sur (Prosur) e instruimos a los Ministros de Relaciones Exteriores para profundizar el diálogo de conformidad con los términos de esta declaración”.
- (3) “Que este espacio deberá ser implementado gradualmente, tener una estructura flexible, liviana, no costosa, con reglas de funcionamiento claras y con un mecanismo ágil de toma de decisiones, que permita avanzar en entendimientos y programas concretos de integración en función de los intereses comunes de los Estados y de acuerdo a las propias realidades nacionales”.
- (4) “Que este espacio abordará, de manera flexible, y con carácter prioritario, temas de integración en materia de infraestructura, energía, salud, defensa, seguridad y combate al crimen, prevención y manejo de desastres naturales”.
- (5) “Que los requisitos esenciales para participar en este espacio serán la plena vigencia de la democracia, de los respectivos ordenes constitucionales, del respeto del principio de separación de poderes del Estado y la promoción, protección, respeto y garantía de los derechos humanos y las libertades fundamentales, así como la soberanía e integridad territorial de los Estados, con respeto al derecho internacional.
- (6) “Que la República de Chile sostendrá la presidencia pro tempore en este proceso durante los próximos doce meses y después será entregada a la República de Paraguay”.

Es importante destacar que la declaración no da cuenta de cuáles serán las reglas que regirán esta entidad. Tampoco cómo las reglas que se establezcan y que han sido encargadas a los Cancilleres, lograrán superar los entramientos actuales. Los debates nacionales sobre esta entidad –más allá de las competencias por el liderazgo– prácticamente no han existido. Se denota una ausencia en términos de consulta con los actores fundamentales en cada uno de los países. No se han consultado a los parlamentos, a la sociedad civil, ni a los “consejos de relaciones exteriores” y otras entidades especializadas. Ha primado una urgencia de la coyuntura, el peso de las encuestas y no una mirada de largo plazo, base para la construcción de política de

Estado, en particular en el ámbito de las relaciones internacionales y los ámbitos estratégicos que conllevan.

La lección esencial que deja este desgastante y frustrante proceso de concertación política regional es que al perderse el Estado de Derecho como bien público esencial y la emergencia de crisis de gobernanza, se tiende a una extremada politización y polarización. Le emergencia de situaciones fallidas, de Estados incapaces de ejercer políticas frente a poderes emergentes, normalmente de carácter ilegal. Las respuestas deben ir más allá de medidas coyunturales, muchas de ellas de carácter populista, con una imposibilidad efectiva de ejecución. En definitiva, los procesos de concertación regional están en franco retroceso.

La región latinoamericana y caribeña demanda más democracia, exige un respeto más profundo a las prácticas democráticas. Demanda un respeto efectivo al Estado de Derecho, una acción amplia del Estado en todo el territorio nacional, para efectivizar el imperio de la ley en toda su extensión y una búsqueda profunda de políticas de Estado en materias esenciales en cada uno de los países, para desarrollar una gobernabilidad democrática estable y sustentable, que sean capaces de mira sobre la coyuntura.

Cabe destacar que los cambios en las relaciones de poder entre los diferentes actores, los procesos de globalización e interdependencia global, las definiciones de legitimidad institucional y la remergencia de un soberanismo extremo han establecido rigideces y polarizaciones que se manifiestan con gran fuerza una crisis del multilateralismo regional y también global.

Lo anterior nos lleva a proponer avanzar hacia un multilateralismo cooperativo y eficaz. Este multilateralismo se caracterizará por ser inclusivo, abierto, legítimo, representativo, responsable en sus propuestas y decisiones y eficaz sus acciones. En el ámbito latinoamericano debemos recuperar las capacidades que se evidenciaron en momentos de graves tensiones derivadas de las expresiones regionales de la Guerra Fría.

El *multilateralismo cooperativo* incluye la diversidad de actores, pero con preponderancia estatal. Promueve la asociación, es un espacio para el diálogo y la concertación. También fomenta la colaboración y promueve la innovación. Establece mecanismos de decisorios que favorezcan la cooperación y la eficacia en la acción. Construye visiones compartidas comunes sobre las amenazas globales y regionales

de distinto tipo. Diseña instituciones, prácticas e instrumentos para abordar los desafíos, contenciosos y amenazas, en especial las transnacionales y las de carácter multidimensional.

En breve el *multilateralismo cooperativo y eficaz* favorece el accionar de la Diplomacia para la Paz y las políticas fundadas en la educación para la paz y la no violencia.

El *multilateralismo cooperativo y eficaz* es un instrumento eficiente para superar la actual degradación de los sistemas multilaterales, global y regionales. La implementación de un *multilateralismo cooperativo y eficaz* posibilitará:

- Gobernar la globalización
- Actuar concertadamente frente al cambio climático y la protección del planeta.
- Prevenir conflictos internacionales globales y regionales
- Promover el desarrollo sostenible
- Diseñar bienes públicos globales
- Construir regímenes internacionales específicos en diferentes ámbitos.
- Establecer políticas ajustadas frente a los ilícitos internacionales.
- Fortalecer el Estado de Derecho
- Reestablecer políticas concertadas y verificables sobre desarme, en especial sobre armas nucleares y armas livianas.
- Fortalecer el desarrollo de la confianza mutua.
- Ser la garantía en la construcción de una paz sostenible.

Referencias Bibliográficas

CEPAL. (2018) “Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2018. Evolución de la inversión en América Latina y el Caribe: hechos estilizados, determinantes y desafíos de política”. ISBN 9789211219968. Disponible en: <https://www.cepal.org/es/publicaciones/43964-estudio-economico-america-latina-caribe-2018-evolucion-la-inversion-america>

Corporación Latinobarómetro. “Informe 2018”. Disponible en: <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>

ProSur. (2019) “Declaración de Santiago”. Disponible en: <https://www.voltairenet.org/article205768.html>

Medios de prensa escrita consultados:

Diario El País, España

Diario El Mercurio, Chile

Diario La Tercera, Chile

Diario La Nación, Costa Rica

New York Times

Revista Semana, Colombia

Revista Nueva Sociedad